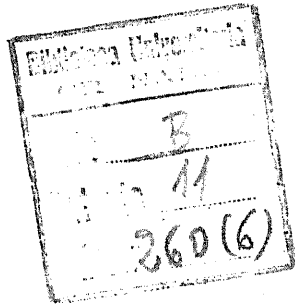


2-400 40

R-25.529



REFLEXIONES

SOBRE LAS POESIAS DE SAFO.

Discurso leído en la Academia de Ciencias y Literatura

del Liceo de Granada

en la sesión de 25 de mayo de 1852,

por el Académico

D. Raimundo Gonzalez Andrés.

—————

GRANADA.

IMPRESA DE D. J. M. ZAMORA.

1854.

Alameda - 24 SETL 91

SEÑORES:

Favorecido por la Academia de Ciencias y Literatura del Liceo con el título de individuo de la sección de Jurisprudencia, con el cargo de secretario de la de Ciencias Filosóficas, é inscripto por la bondad de sus dignos presidentes en las de Literatura y Ciencias Médicas y Naturales, honrado mas que podia esperar de mis merecimientos, seria ingratitud no corresponder á tan repetidos favores con un trabajo científico ó literario, que sino fuera parte á justificar distinciones tan señaladas, sirviese al menos de muestra de los buenos deseos que me animan. En este concepto no me han detenido ni el reconocimiento de mis débiles fuerzas, ni la consideracion del escaso don que tributo á la Academia, ni el temor de sacrificar lo que el hombre puede apreciar mas en la vida que es la propia reputacion. Aqui vengo á pagar una deuda, en mi sentir, sagrada; que de otro modo, sino fuera por esto y por el es-

piritu de indulgencia que abriga la Corporacion á que me dirijo, tal vez no subiera á esta tribuna para mí origen de dificultades sin cuento, tanto como para otros fácil palenque donde alcanzan las palmas de la victoria científica y se ciñen entre aplausos las coronas de los triunfos oratorios.

El objeto de mi modesta tarea es el estudio de las poesias de Safo: de esa perla de la lirica griega; de esa mujer que sus contemporáneos elevaron á la categoria de las divinidades y la posteridad injusta se ha complacido en arrastrar por el lodo de una liviandad sin freno; de esa mujer en cuyo honor se acuñaron medallas y el cincel de Silanion trabajó el mármol, y cuya aureola de gloria no le libertó de los tiros de la persecucion y de la envidia; de esa mujer, por último, que ostentaba la frente cargada con los laureles de la poesia y ocultaba un corazon tal vez despedazado por los efectos de una pasion vehemente.

Por lo remoto de la época en que vivió Safo, por lo poco generalizado que se hallaba entonces el arte de la escritura, y por la injuria de los tiempos, de los muchos himnos, epigramas y elegias y de los nueve libros de odas que compuso, solo han llegado á nosotros una oda incompleta que trascribe Longino en el tratado del *Sublime* y otra á Vénus que copió en sus obras Dionisio Halicarnaso; porque no es cosa de hacer mérito de algunos fragmentos mas que se le atribuyen y andan esparcidos en los libros de los escritores griegos. Esas dos odas, empero, bastan para su fama.

Estrecho sería el círculo de la critica si únicamente se limitara á juzgar de las obras lite-

rarias aisladamente y con abstraccion de su autor, apuntando en una lista las negaciones de su mérito y las afirmaciones de sus bellezas. Ni la altura á que hoy se encuentran estos estudios, ni la ilustracion de la Academia consienten que yo me dirija por tal camino. Y no porque las odas de Safo no puedan sufrir el análisis mas severo, que el gusto mas delicado no encuentra en ellas un lunar, el espíritu del genio vivifica su conjunto, y sus formas son tan puras y perfectas como las del arte de Fidias: sino que la critica moderna, recorriendo un horizonte mas estenso, demanda á la historia antecedentes para juzgar la obra y el autor, derramando la luz sobre todas las cuestiones que puedan suscitarse asi acerca del valor intrinseco de una produccion literaria, de su composicion y de su estilo, como de la significacion que tiene en el siglo y en la marcha intelectual del pueblo á que pertenece.

Para comprender la significacion y el valor histórico de las obras de Safo, menester es observar el estado en que á la sazón se hallaba la literatura griega.

Precisamente era tambien el de la infancia de su civilizacion, cuya cuna, como la de todos los pueblos, se mecia entre los cantos de la inspiracion poética. En ese periodo que comienza en la guerra de Troya y termina en la legislacion de Solon únicamente florecieron poetas (ni la tradicion recuerda un solo escritor en prosa), periodo brillante que abre su historia con la magnífica epopeya de Homero y que espira con los cantos melancólicos de Safo.

Los tiempos fabulosos desaparecian cuando

Homero, colocado en el límite de dos mundos, entre la barbarie y la civilización, describió en sus poemas la humanidad de su siglo, y especialmente la vida heroica y las empresas nacionales de la raza griega, bosquejando con firmeza en majestuosos versos el cuadro de la sociedad de entonces con sus virtudes y sus vicios, sus grandezas y su miseria. Con la energía y el vigor propio de los siglos de una cultura no muy adelantada, el poeta abarca el mundo de las existencias, y en su poderosa intuición habla de los dioses y de los hombres y de los multiplicados fenómenos del cielo, la tierra y el mar.

En rededor de Homero se agruparon una porción de cantores del mismo género; rapsodas, homéridas, poetas cíclicos y didácticos, todos ocupándose en asuntos históricos de la raza, en las genealogías de las familias heroicas y de los primitivos pobladores de la Grecia, y elevándose alguno, como Hesiodo, hasta los momentos del caos, el origen de los dioses, su descendencia y el misterio de la creación. Esta es la primera fase de la poesía en los albores de la civilización helénica.

Más tarde, aunque mucho antes de Solón y del nacimiento de la prosa, abandonando las tradiciones heroicas, cuyo estudio levantó el genio de Homero á una empresa árdua y grandiosa —érase el cantar la humanidad y la naturaleza entera,—la poesía, tomando una dirección opuesta en el objeto de sus inspiraciones, pasó de la contemplación de la naturaleza y de la historia á la contemplación del hombre y de los sucesos presentes, de la descripción de lo creado á la descripción del espíritu,

de lo exterior á lo interior, del universo al hombre, de la epopeya á la lírica. Aquí comienza la segunda fase de la poesía en el período de que voy hablando, y aquí también el género en que escribió Safo.

El tránsito de una á otra forma poética debido fué en la Grecia á circunstancias políticas. La construcción de gran número de ciudades, el espíritu de colonización, el cambio de los gobiernos, las aspiraciones de las repúblicas á constituirse con cierta independencia, infundieron tal calor en los ánimos, que, preocupados con las cosas presentes, miraban más por sí propios que no por los recuerdos de los sucesos pasados. Y no pudieron menos de ser un copioso manantial de inspiraciones para los poetas, los triunfos guerreros, los hechos del patriotismo, las dulzuras de la paz, las emigraciones, la felicidad pública y las satisfacciones ó las desgracias privadas.

Así, pues, en medio de tanta variedad de acontecimientos, el arte lírico, cuyo carácter fundamental es el estudio del hombre cual se retrata en el cristal del pensamiento íntimo, se presentó en la Grecia bajo todas sus fases, reproduciendo en armoniosos metros, ora ligeros y donosos, ora rápidos y llenos de ímpetu, todos los sentimientos, todos los afectos del individuo. A esta época pertenecen Tirteo, Calino y Alceo, cuyos himnos hicieron vibrar en el corazón de los pueblos la fibra enérgica del patriotismo y de las virtudes guerreras; Arquíloco, armado de los agudos dardos de la sátira personal; Terpandro, alegre cantor de los solaces del banquete; Alcmeon y Mimnermo, que preludiaron la elegía y la canción eró-

tica; Erina, jóven de 18 años, de cuyo delicado pecho salió un acento varonil para cantar una oda á la *Fuerza*, que es de lo mas bello y acabado que nos ofrece la lírica de los antiguos.

Sin embargo, de la misma manera que Homero descuella en el grupo de los poetas épicos, el genio de Safo sobresale entre todos los líricos de su edad; porque aparte de la elegancia de la forma, de la magia del estilo y de la armonía de la composición, ella concentrada en sí misma escogió con estudio ó por instinto y sentimiento la pasión que mas conmueve y á veces rudamente agita el corazón del hombre. El profundo sentido de los sublimes poemas de Homero y de las bellísimas odas de Safo, narrando el uno la vida heroica de los griegos, ó sea el punto de partida de la civilización antigua europea, y describiendo la otra los afectos que se presentan en el teatro interior del hombre, dotando sus obras con todos los caracteres del genio, irradia un fuego inextinguible que anuncia su inmortalidad. Oscurecidos quedan á su lado todos los demás escritores de la misma época, y eso que esta los produjo muy esclarecidos; pero su mérito solo puede ser apreciado del estudioso erudito, y si valen mucho, es cierto, en la república de las letras, no obtienen, sin embargo, como aquellos, coronas ni aplausos en el ancho congreso de la república de la humanidad.

La celebridad de Safo no procede de las noticias que tenemos de su vida que la tradición ha contado con los encantos y atractivos de una existencia azarosa y poética, maravillosa y peregrina. No; esto cuando mas serviría para demos-

trar que siempre alcanza popularidad un tipo singular y raro: mas la reputación literaria que acompaña á su nombre no puede consistir en fundamento tan frágil y quebradizo, sino en el mérito real y positivo de sus producciones, en el valor absoluto de esas cortas páginas que fecundó su ardiente inspiración.

Haré brevemente su análisis.

Ya se ha dicho antes, y es cosa de todos sabida, que el género de Safo pertenece al arte lírico. La predilección que manifestó á este linaje de poesía, se explica muy bien así por los recuerdos literarios de la patria en que nació, como por la ternura de sus sentimientos acariciados con el aura de una imaginación riquísima y llena de la vida del corazón. La isla de Lesbos fué el país donde mas se cultivó el arte lírico, y Safo, natural de su capital Mitilene, heredó esta tradición literaria que cultivó con ventajas conocidas.

Una diferencia notable se encuentra entre los poetas líricos de la raza jónica y los que procedían de la raza eólica. Los primeros enderezaron sus cantos á objetos civiles y políticos, los segundos se esplayaron mas por el lado de la contemplación individual: aquellos conmovieron las masas, agitaron los espíritus, infundieron el deseo de la vida social, y levantaron el ánimo á los esclarecidos hechos de las virtudes guerreras; la lira eólica mas apartada del movimiento de la vida pública despedía sonidos melancólicos, risueñas cantilenas ó ayes del corazón.

El alma de la poetisa, cuyo exámen nos ocupa, estaba templada para el amor, la pasión por excelencia, la mas viva, la mas general, la mas

necesaria de cuantas puede abrigar el hombre. Porque es tanta su importancia, Dios colocó la época de su aparición en la primavera de la juventud. Avisanos la naturaleza redondeando las formas del cuerpo con elegantes y suavísimos lineamientos, animando el rostro con una expresión inefable y dotándonos de una energía interior que agita placidamente la organización entera; y luego que el hombre se encuentra con el objeto de su amor, entonces la vida sensible abre el rico tesoro de sus encantos, y los sentidos son constantes mensajeros del placer, llevándole la vista formas galanas y movimientos embelesadores, el oído palabras armoniosas de una música indefinible, sabrosísimos y regalados goces el gusto, y los demás sentidos perfumes y aromas y contacto de impresiones seductoras y desconocidas. Y sobre estas manifestaciones del instinto campean los purísimos goces del espíritu añadiendo la reflexión bellas imágenes, ora melancólicas, ora impetuosas, según la ternura ó el fuego en que se baña el alma enamorada. Esta pasión que abraza la triple existencia del hombre, es en sí y por sí misma poesía, y su intérprete más legítimo y autorizado una mujer.

Safo, sin embargo, no fió á la lira los cantares de una pasión satisfecha, sino los dolores de su alma martirizada con los desdenes y los celos, las dos espinas que más laceran el corazón. Testigos son de estas situaciones tristesimas su oda implorando de Vénus protección y auxilio, y la otra en que hace la pintura del desconcierto que le produce la vista de su rival feliz y amada.

La primera es un apóstrofe continuado di-

rigido á Vénus. Toda la oda no es más que el recuerdo de la tierna solicitud con que la diosa ha acudido siempre á sus ruegos y favorecido sus amores. No puede darse plan más sencillo. La buena distribución de las partes, la gradación del sentimiento, la maestría de los rasgos descriptivos, el interés dramático de las palabras de Vénus en la quinta y sexta estrofa, y la sentida súplica de la siguiente con que termina la oda, revelan una perfección admirable y hacen que esta composición sea un modelo de belleza indisputable en su género. El estilo corresponde al pensamiento y al buen orden que reina en la estructura de la composición. Aunque suave y tierno no por eso carece de cierta riqueza de adornos, antes bien así lo requería el asunto en el que al fin intervenía una diosa; más usados con tal economía, que las palabras vienen allí naturalmente y sin artificiosa afectación. Parte muy esencial del estilo es el lenguaje y cuantos conozcan el idioma griego pueden juzgar de la acertada elección de voces y de la estructura musical de la frase que se nota en esta composición. Toda esta belleza que admiramos debida es á la verdad con que expresó la desdeñada poetisa sus sentimientos y su penoso afán. Por eso nos parece que ha sido muy exacto el juicio del traductor español contemporáneo al decir: «Que las flores del estilo en esta oda se ven bañadas por las lágrimas de Safo, como las de una pradera con el rocío de la mañana.»

Si en esta la ternura, en la otra muéstrase la desesperación y los terribles efectos de los celos. En ella no se advierte la huella de la meditación; parece producida espontáneamen-

te. Las galas del estilo consisten solo en una enérgica sencillez, ni un accesorio estorba la progresion de sus ideas, ni hay epítetos ociosos que embaracen inútilmente la rapidez de la descripcion. Quien padece en el fondo del alma no anda en busca de palabras pomposas y de pulidos conceptos: vierte las ideas con la misma espontaneidad y abandono con que se las dictan sus pasiones, y claro es que estas deshechan todo linage de adornos, de magnificencia y de pomposo atavio como impropio lenguaje de una persona que se halla vivamente poseida de un sentimiento. Notable es tambien esta composicion por el manejo del habla, por la feliz eleccion de voces y oportunísima combinacion de sonidos, adaptándose á la ruda expresion de los celos el carácter de vigorosa entonacion que distingue al dialecto eólico en que escribió la poetisa.

A la ternura de afectos que respira esta oda se mezcla un no se qué de aflictivo y de terrible. Hecha esta observacion no maravilla ni causa la menor estrañeza que Longino, aceptando una division de estilos que ya no reconoce el arte, haya citado esta composicion de Safo como modelo del género sublime, porque en el dolor suele hallarse siempre un tono melancólico y grave, y cierta solemnidad que parece saca al objeto de la esfera de lo puramente bello.

Si es indudable que hay pensamientos felices que resumen el juicio crítico de una produccion, á esta clase pertenece el que Plutarco emite al hablar en general del calor de las poesias de Safo, y que cuadra en un todo á la composicion de los celos, es á saber: «Que la

poetisa arroja espresiones ardientes é inflamadas, dominada como la Pitonisa, por el espíritu que la agita en su interior.»

Examinadas bajo el aspecto literario las dos odas preciosísimas que se conservan de la poetisa de Lesbos, resulta que ambas revelan una perfeccion admirable, que nadie de los antiguos ni modernos ha desconocido ni puede desconocer. La oda á Vénus tiene una belleza encantadora proveniente del conjunto armónico de la composicion: la de los celos posee la misma cualidad realzada por la viveza de una animada descripcion. Si acaso fuera lícito comparar estas producciones con otras obras de arte, la oda á Vénus por la pureza plástica y la armonia de sus partes se nos presentaria como acercándose al tipo de la belleza que realiza la Estatuaria; la de los celos, por el fuego, el colorido y el movimiento casi parece toca á la manera de espresion propia de la Pintura. Una y otra elevan á la poetisa que tan delicadamente supo espresar la verdad de sus sentimientos al nivel de los líricos de primer órden que admira el mundo literario. Con el decurso de tantos siglos, rodeados de otras instituciones, con ideas tan diferentes, variadas las costumbres, poseyendo una cultura muy distinta, dotados de mas esquisito gusto ejercitado con la comparacion constante, leemos ahora esas dos páginas con el mismo interés y entusiasmo que en los dias en que se escribieron, no por el perfume clásico que las rodea, sino porque en ellas revive el alma tierna y apasionada de su autora. Por eso hoy en el siglo XIX puede decirse con toda exactitud lo que en el de Augusto decia

el, para mí, príncipe de la poesía latina:

.....: *spirat adhuc amor,*
Vivuntque commissi calores
Æoliæ fidibus puellæ.

Entre los literatos siempre ha sido mirada la oda de los Celos, aunque incompleta, con mas predileccion. No hay lengua en que no se haya traducido principiando por la latina. Catulo fué su intérprete en el Lacio, asi como en los pueblos modernos otras muchas y distinguidas personas de estudio y de genio cuyo catálogo seria ocioso recorrer. En la literatura francesa, y cito esta por los estrechos vinculos que la unen con la española, por desgracia muy en daño de nuestros ingenios y de nuestra propia literatura, Boileau, Delille y Didot han vertido hábilmente el original obteniendo un resultado mas feliz del que podrian prometerse de las fermentadas condiciones de su lengua para la versificación. En español existe una reciente del señor Castillo y Ayensa que yo aprecio por la fidelidad de la traducción mas que por el movimiento poético que en ella reine; que á preferir esta circunstancia sobre la exactitud, habriamos de volver los ojos sin gran fruto al siglo de oro de nuestra literatura si acaso no nos placia la interpretación que salió de la erudita pluma de don Ignacio de Luzan.

Aun asi y todo, nunca es posible formarse una idea exacta del mérito y valor de las producciones de Safo por una mera traducción en que necesariamente ha debido perderse el

calor del original. El genio de los idiomas modernos, la indole de las lenguas romanceadas no admite en la versificación el ritmo, la cadencia y el número en la forma musical que ostentaba la lengua de Safo. ¿Qué encanto no tienen los ensayos de Villegas para imitar la métrica de los antiguos? Pues bien, eso no es mas que un débil y pálido trasunto de la estrofa sáfica que tan bellamente ha aclimatado entre nosotros el Cisne de los amores.

La rotundidad y armonia, la variedad de inflexiones, la riqueza de formas, la entonación prosódica, la combinación de sílabas largas y breves, todas esas galas que adquirió la lengua de Homero en el largo consorcio de la poesía y de la música, desaparecen en los idiomas modernos. Asi para comprender las bellezas del estilo menester es, sirviéndome de una expresión de Schlegel, haber respirado el aire de la Grecia. La palabra no es mas que la sutil vestidura en que se encarna el pensamiento, y este no puede apreciarse si aquella no se comprende. Por eso debe leerse á Safo en la lengua en que escribió; en ese idioma magnífico con que Homero pudo hacer hablar á los dioses, Sócrates á la virtud y Tirteo al sentimiento patriótico; en esa lengua con que Píndaro repartía los laureles á los vencedores de los juegos olímpicos ante el inmenso concurso de la Grecia congregada; en esa lengua con que el poderoso espíritu de Platon halló la fórmula de las verdades absolutas, y con la que, por último, Demóstenes en las agitadas discusiones de la plaza pública con la elocuencia del corazón y de la palabra infundió en el pueblo el santo fuego del patriotismo, y sostuvo en sus brazos

la libertad moribunda de la república, que al fin había de exhalar el postrer aliento en medio del estruendo de las armas de la batalla de Queronea.

Habiendo recorrido el campo que me propuse al principio, señalando el estado de la literatura á la aparicion de la poetisa de Mitilene, y analizando bajo el triple aspecto que comprende la crítica las obras de aquella que los tiempos han permitido llegar á nosotros, he tocado el término de mi trabajo. Pero antes de concluir debo hacer una indicacion.

Al elegir con preferencia á cualquier otro asunto el exámen de las poesias de Safo, he tenido presente una consideracion, cual es, el sostener el gusto y la aficion al estudio de la literatura clásica.

No es por eso mi ánimo, señores, constituirme en defensor de la escuela literaria que lleva este nombre, que yo no desconozco que cada nacion y cada siglo tiene sus necesidades distintas y opiniones diferentes y nuevas ideas y aspiraciones que no pudieron abrigarse en las edades pasadas. El romanticismo, tomada la palabra en su verdadera acepcion crítica, ha inspirado las obras admirables y nunca bastantes admiradas de Dante, de Calderon y de Shakespeare, de Cervantes y de Goethe de Byron y de Walter Scott. Empero siquiera como objeto de estudio, como base de una educacion literaria, como elemento de crítica y buen gusto deben hojearse con frecuencia las páginas de los clásicos antiguos, fijando muy particularmente la atencion en los escritores griegos, porque ellos contienen un fecundo é inagotable manantial de bellezas.

Y no hay que dudarlo.

Es una verdad demostrada que la civilizacion helénica se desarrolló por sí misma sin deber á ninguno otro pueblo enseñanzas, ni menos obras perfectas en que poder modelar los hechos de su historia política, científica ó literaria. En los tiempos fabulosos anteriores á la guerra de Troya, la raza pelásgica tal vez aportara algunos rudimentos de cultura procedentes del Asia, ciertas nociones de religion, de arquitectura y de aquellas artes mas indispensables á la vida; pero asimiláronse de tal modo estos górmenes que el conjunto de su civilizacion es obra exclusivamente suya y su literatura como su civilizacion la mas potente, rica y variada de toda la antigüedad. Asi como en su gobierno desaparece el predominio de las castas y la raza militar tan poderosa entre los persas y los medos y la raza sacerdotal tan influyente en la India, en la Judea y en el Egipto pierden toda su fuerza para dejar libre el paso á un tercer elemento social que es la democracia, fuente de la libertad política: asi como en el orden científico, el saber, la ciencia para presentarse en público no necesita del bautismo de la iniciacion religiosa y emancipándose del santuario busca su principio fecundante en la razon, asi tambien de la misma manera la literatura y el arte griego desciñéndose las vestes sagradas y las tocas sacerdotales del Oriente, levanta su vuelo á regiones desconocidas y ofrece los tipos mas puros de la belleza en medio de aquel pueblo que poseia en alto grado el sentimiento, la delicadeza y el buen gusto.

Al observar el giro que tomaron todas las

instituciones de la Grecia, al ver sus elementos de civilización desarrollarse en un sentido opuesto al de las naciones del Asia, casi estaríamos tentados á deducir que la Grecia era la antítesis del Oriente; y he aquí porque la literatura clásica en general y señaladamente la del pueblo de que se trata merece serios y detenidos estudios.

Además del valor intrínseco y absoluto de sus producciones, tiene un valor histórico, inmenso en lo pasado como acaba de indicarse y no es de menos monta el que debe asignársele en los tiempos presentes. Las naciones de la moderna Europa no cuentan la fecha de su nacimiento desde la invasión bárbara precedida del hecho del Cristianismo, en tales términos que se juzgue que detrás de uno y otro acontecimiento no hay nada con relación á nosotros como no sea la inmensidad del vacío. No: Dios envió del Oriente la idea cristiana, y del Norte las ordas de los bárbaros con el espíritu de activa independencia para que fueran nuevos elementos que entraran en la recomposición de la sociedad en la segunda fase de su desenvolvimiento histórico. Pero de modo alguno quiso que la sociedad regenerada quedase sin raíces en lo pasado como una de esas islas ambulantes que se mecen en el Océano, ni tampoco hizo desaparecer de la faz de la tierra el mundo antiguo como sumergió la Atlántida en el seno de los mares; sino que utilizó todos los elementos de cultura y de civilización de los pueblos más grandes que habían existido, permitiendo que nos llegara Roma la idea del estado y del municipio, el sentido de la vida práctica y la legislación, y Gre-

cia además del principio de la democracia y de la libertad política, las ciencias y las artes, y una literatura que en el concurso de todas las literaturas de la antigüedad se levanta citando su frente con la corona de la superioridad estética.

He dicho:
